

LA DECISIÓN

Autor: Miguel-Ángel Carcelén Gandía.

*Sólo con el corazón se puede ver bien;
lo esencial es invisible para los ojos
-repitió el principito para acordarse.
Antoine de Saint Exùpery*

Y no sabría decir qué fue, lo cierto es que un día se levantó y, aún después de darse una buena ducha, sintió que tenía mugre hasta en el alma. Le había sucedido otras veces, siempre justo cuando acababa de regresar de alguno de esos viajes que tanta envidia despertaba entre sus amistades: tres o cuatro días en países exóticos con todos los gastos pagados por la Compañía. “Llévate ropa de abrigo”, aconsejaba invariablemente su madre, por muy conocedora que fuese de que Gabriel viajaba al trópico; “no seas cabeza loca, canalla, que por esos mundos de Dios hay mucha loba suelta...”, bromeaban los amigos; “hierve siempre el agua que vayas a beber, ¡siempre!, ¿me oyes? –ordenaba su novia-, y si no resulta muy caro y te es posible llámame cada día, ¿quieres?...”

¿Cómo contarles que, si bien se desplazaba a zonas que, en principio podrían ofrecer cierto riesgo, la Compañía se encargaba de ir alisándole todas las dificultades?, ¿cómo descubrir que en lugares del Tercer Mundo se alojó en hoteles más lujosos que los de su propio país?

En otras ocasiones había bastado una suave borrachera y los consejos de Marga para volver al mundo real, a la lógica de los despertadores, de los autobuses urbanos, de las duchas calientes, de los partidos televisados frente a una pizza y de la comida familiar de todos los domingos. ¿Por qué no pudo acogerse de nuevo a esa

rutina para desalojar de su mente la podredumbre que le estaba amargando la existencia?

- Mira, Gabi, ya lo hemos hablado infinidad de veces –razonaba la novia mientras le acariciaba los rizos indomables-, el mundo es un estercolero, lo sabes tú, lo sé yo y lo sabe el lucero del alba, pero no vas a venir con tu cara bonita para pretender cambiarlo en dos días.

- Si no es eso, Marga..., yo no quiero cambiar nada, pero es que no creo que esté haciendo bien...

- ¿Que no estás haciendo bien? –interrumpía, airada-, ¿el qué?, ¿tu trabajo? ¡No me vengas con historias! En la Compañía no pueden estar más contentos contigo. No te lo digo para regalarte los oídos, ¿a santo de qué, si no, iban a seguir encargándote esos reportajes? No todo el mundo sirve, Gabi, lo sabes de sobra.

- Que no es el trabajo..., o mejor dicho, sí es el trabajo. A lo mejor lo que sucede es que lo hago demasiado bien, demasiado del gusto de la Compañía..., no sé explicarme, o no sabes entenderme. Mira, cuando...

- No, mira tú –volvía a atajarlo ella-, hace cinco meses eras un don nadie con la cabeza a pájaros y el futuro más negro que la pez, ¿no te quieres acordar? Porque sí, se te da muy bien escribir y tienes gracia para la fotografía, pero en el mundo de hoy, si quieres conseguir un buen puesto, hace falta tener la paciencia que tú no tienes para prepararte unas oposiciones, tener los contactos necesarios, los que tú no tienes, para que algún directivo se acuerde de ti..., bueno, ¡qué te voy a decir que tú no sepas! Y resulta que al nene se le aparece la Virgen en forma de beca en la Compañía, y allí les gusta su manera de trabajar y al cabo de dos meses, ¡dos meses, Gabi, por Dios, date cuenta, dos meses!, y le hacen contrato indefinido. El año pasado no podíamos ni soñar con casarnos..., tú sin trabajo y yo con un empleo de media jornada, ¿dónde pensábamos

llegar si ningún banco se habría molestado en escucharnos a la hora de pedir una hipoteca para cualquier pisucho de protección oficial?, ¿te vas acordando ya?, y al día de la fecha, nada más que con tu nómina podemos despreocuparnos de las letras de varios meses, por no hablar de las dietas de cada viaje que tanto te desequilibra... Gabi – y en ese punto endulzaba la voz-, ¿es que no te das cuenta de que no podemos pedirle más a la vida?

A Gabi le habría gustado contestarle que tenía razón, que, en el fondo, había conseguido sin apenas esfuerzo lo que tanto había anhelado, poder conocer mundo, viajar, ser un aventurero, y con un sueldo extraordinario. Por otra parte también le habría gustado poder confesarle a su novia que no estaba seguro de que todo lo que en tan poco tiempo había alcanzado mereciese la pena. “Es cierto que antes no tenía donde caerme muerto, pero dormía sin necesidad de pastillas; ahora tenemos la vida resuelta, pero si no me atiborro de somníferos no pego ojo...”, eran palabras que no llegaban a materializarse porque el muchacho había descubierto que a Marga le sería imposible comprenderlo. Y volver a sacar el tema del carácter resultaría batalla perdida. Si insistía en que antes él era todo alegría y ahora difícilmente hilvanaba alguna sonrisa, Marga le contestaría que se debía a que se estaba haciendo mayor, a que ya había dejado atrás la inconsciencia de la juventud.

- ...Gabi, y no te fijas sólo en lo material, si es que lo que te preocupa es de otro orden..., date cuenta de que lo que escribes lo leen miles de personas. ¿No me decías siempre que no aspirabas a ser un Nobel, sino tan sólo a que la gente te leyera? ¿Dónde vas a conseguir mejor escaparate que en las publicaciones de la Compañía?

Por una parte Marga, por otra su familia: “En el trabajo me han dado la enhorabuena por ti, hijo, se ve que algún compañero ha visto tu último reportaje... Un fenómeno, Gabriel, que eres un fenómeno”; y las dos palmaditas en la espalda de su

padre, que siempre lo había considerado un fracasado hasta que consiguió el puesto en la Compañía, le quemaban.

Nadie entendió que se excusara ante sus jefes para no aprovechar la oportunidad que se le ofrecía de viajar a la Patagonia para otro de sus reportajes. En la Compañía justificaron la negativa porque comprendían que quizá estaban abusando de él, demasiado trabajo en muy poco tiempo. Era joven, aprendía bien, respondía, precisaba márgenes de acomodamiento. Marga puso el grito en el cielo:

- ¡Gabi!, con lo de ese viaje podríamos haber dado la entrada para el adosado de Los Altos de Buenavista.

- ¿Y para qué queremos un adosado si apenas hemos empezado a pagar nuestro piso? –condescendía el joven.

- Por una razón muy sencilla. ¿No has oído hablar de algo llamado inversión? Ahora es el momento de invertir en inmobiliaria.

- ¿Y te preocupa más eso que mi bienestar? –torcía un tanto el gesto Gabriel para probar a su novia.

- ¡Venga, que nos conocemos! Si estuvieses enfermo sabes que yo sería la primera en no dejarte viajar, pero no te pasa nada. Nada.

Tenía razón. No padecía enfermedad alguna, no obstante, haber renunciado a ese viaje lo había reconciliado de alguna manera consigo mismo y se sentía mejor incluso físicamente. No quería plantearse que aquello no era solución, que no podría estar siempre dando largas a sus superiores; tendría que volver a viajar, y con los viajes y los reportajes encargados regresarían, tenía la absoluta certeza, los remordimientos.

Quizá el hecho de que comenzase a sentirse mejor no obedecía solo a ese último encargo postergado, sino a que, de una manera que ni él mismo podría calificar como definitiva, había ido madurando la idea de abandonar la Compañía. El simple

hecho de pensarlo le evitaba las friegas innecesarias bajo la ducha intentando borrar una suciedad incrustada más abajo de la epidermis. Porque no se trataba, a fin de cuentas, de los viajes, también su trabajo diario le estaba empezando a asquear. No quiso utilizar más rodeos al comentárselo a Marga: “Lo siento, pero no creo que mi destino sea estar toda la vida maquillando datos con mis escritos y mis fotos para embellecerlos a costa del sufrimiento de mucha gente.” Ella no se inmutó, nunca se lo había oído exponer tan claramente, sin embargo, creyó que con otra pequeña discusión lo convencería. Comenzó apelando a su sentido de la responsabilidad: “Gabi, la inmobiliaria ha llamado para decir que ha recibido una oferta increíble de mejores calidades en el alicatado de los baños y que se va a incrementar el precio un poquito, lo digo porque entre unas cosas y otras hay muchos gastos y tú no puedes seguir con esos escrúpulos tontos..., que los de la inmobiliaria no entienden de esas cosas, entérate, bueno, y yo tampoco, la verdad...”

No llegó a ser la gota que colmara el vaso porque el carácter de Gabriel era más bien pacífico, pero sí sirvió para que impusiese su discurso por encima de cualquier intento de interrupción por parte de su novia: “En mi último reportaje, ése de Nigeria que tanto alabaron mis jefes, tuve que mentir lo que no está en los escritos, como siempre, para satisfacer las expectativas que sobre mi persona había. ¿Y sabes lo que es tener que escribir que la Compañía, la todopoderosa Compañía, está llevando una política de reforestación controlada, está financiando proyectos de integración de las tribus desplazadas, está pagando la excavación de pozos de agua potable, está...? Ve apuntando: la Compañía, para aumentar el beneficio de sus exploraciones petrolíferas no ha dudado en pagar mercenarios que casi exterminaron a la tribu de los ogoni..., la Compañía ofreció a los jefes ogoni una reubicación lejos de donde habían vivido desde siglos, y como rehusaron emprendieron la política del acoso y derribo..., la Compañía

ha talado indiscriminadamente miles de árboles para dejar paso a sus prospecciones, y no es mentira que por cada árbol que tala planta otro (para ser más exactos habría que decir que por cada cien árboles que destruye planta otro, que no siempre agarra), pero lo planta donde no es necesario, sino incluso perjudicial. Y lo que hizo en Nigeria lo ha hecho en ciertas zonas de la Amazonia, y ahora lo va a hacer en la Patagonia, y mañana lo hará donde le dejen, y mi trabajo consiste en ensalzar lo que no hace para que la opinión pública no se le eche encima. En lugar de fotografiar los bosques arrasados fotografío cómo se replantan extensiones yermas donde nunca cuajarán árboles en proyectos ridículos financiados por la Compañía..., ¿quieres que siga? Estoy defendiendo la conservación del planeta, y tú sólo piensas en los alicatados del baño, ¿lo encuentras razonable?

Gabriel perdió el trabajo cuando en lugar de presentar el reportaje encargado mostró a la prensa fotografías muy comprometedoras para la Compañía. También perdió a su novia y la estima de la familia. Sus padres no entendieron que hubiese preferido sacrificar un brillante porvenir, una vida resuelta, a cambio de ver iniciada en la prensa internacional una fuerte campaña de denuncia contra la política seguida por la Compañía en materia de agresión continua al medio ambiente en países empobrecidos.

Ahora trabaja como corrector de pruebas en un muy modesto periódico local con un no menos modesto sueldo. Pero duerme muy tranquilo y sin necesidad de pastillas. Y cuando se ducha ya no tiene que preocuparse de enjabonarse el alma.